

EL FASCISMO

La dictadura fascista:

«Declaro aquí, delante de esta Asamblea y de todo el pueblo italiano, que asumo yo sólo la responsabilidad política, moral e histórica de lo que ha ocurrido¹ (...).

Si el fascismo no es nada más que aceite de ricino y no la orgullosa posición de la mejor juventud italiana, sólo mía es la culpa. ¡Si el fascismo es una asociación criminal, yo soy su jefe!

Si todas las violencias han sido el resultado de un cierto clima histórico, político y moral, yo tengo la responsabilidad, ya que este clima histórico, político y moral lo he creado yo mismo, con la propaganda hecha por la intervención en la guerra hasta nuestros días (...).

Actualmente estoy convencido de que el problema será resuelto. El fascismo —gobierno y partido— son absolutamente eficaces. Señores, se han hecho ustedes ilusiones. Han creído que el fascismo estaba acabado porque yo lo retenía, que estaba muerto porque yo lo corregía y, sobre todo, han tenido ustedes la crueldad de decirlo. ¿Qué ocurrirá si me pongo a desarrollar sólo la centésima parte de la energía que he aplicado para frenarlo? Ustedes verán (...).

No será necesario, ya que el gobierno es lo suficientemente fuerte para quebrar definitivamente la sedición del Aventino².

Italia, señores, quiere paz, tranquilidad y calma en el trabajo. Se la daremos si es posible con cariño, si no, por la fuerza.»

Benito **MUSSOLINI**. *Discurso* ante el Parlamento italiano el 3 de enero de 1925.

El totalitarismo fascista:

«Siendo antiindividualista, el sistema de vida fascista pone de relieve la importancia del Estado y reconoce al individuo sólo en la medida en que sus intereses coinciden con los del Estado, que encarna la conciencia y la universalidad del hombre como entidad histórica. Se opone al liberalismo clásico, que surgió como reacción al absolutismo y agotó su función histórica cuando el Estado se convirtió en la expresión de la conciencia y de la voluntad del pueblo. El liberalismo negó al Estado en nombre del individuo; el fascismo reafirma los derechos del Estado como la expresión de la verdadera esencia de lo individual. Y si la libertad ha de ser atributo de hombres vivientes y no de maniqués abstractos inventados por el liberalismo individualista, el fascismo encarna la libertad y la única libertad de la que vale gozar: la del Estado y la del individuo dentro del Estado. La concepción fascista del Estado lo abarca todo; fuera de él no pueden existir, y menos aún valer, valores humanos o espirituales. De esta manera entendido, el fascismo es totalitarismo, y el Estado fascista, como síntesis y unidad que incluye todos los valores, interpreta, desarrolla y otorga poder adicional a la vida entera de un pueblo.»

Benito **MUSSOLINI**. "La doctrina del fascismo", artículo de la *Enciclopedia Italiana* (1932)

El partido único:

«El Gobierno alemán ha aprobado la siguiente ley, que ahora se publica para su promulgación:

Artículo primero: El Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes constituye el único partido político de Alemania.

Artículo segundo: Cualquier persona que trate de mantener la estructura orgánica de cualquier otro partido político, o de formar un nuevo partido político, será condenada a la pena de trabajos forzados hasta por tres años, o a prisión por el mismo tiempo si el acto no incurre en una pena mayor según otras leyes.

El canciller del Reich: El ministro del Interior del Reich: El ministro de Justicia del Reich:

¹ El asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti.

² La izquierda y algunos liberales abandonaron el Parlamento después del asesinato de Matteotti en señal de protesta y se instalaron en el Aventino, una de las colinas de Roma. A esto se le llamó la "Secesión del Aventino", pero perdieron la oportunidad de enfrentarse a Mussolini en la Cámara, que desde entonces estuvo totalmente dominada por él.

Adolf Hitler

Frick

Doctor Gürtner»
(14 de julio de 1933)

La intolerancia nazi:

«He aquí una organización saturada de espíritu indomable y agresivo; una organización que, cuando un adversario político dice: "Nosotros consideramos que vuestra conducta es una provocación", no considera oportuno retirarse inmediatamente de la escena, sino que impone brutalmente su propia voluntad y arroja al rostro de sus enemigos esta réplica: "Nosotros combatimos hoy; nosotros combatiremos mañana. Y si ustedes consideran que nuestro mitin de hoy es una provocación, celebraremos otro la semana próxima, hasta que hayan aprendido que no existe provocación cuando la *Alemania alemana* está haciendo profesión de fe de sus propias creencias..." Y cuando la gente nos arroja al rostro nuestra intolerancia, reconocemos por nuestra parte orgullosamente que la tenemos. Sí, nosotros hemos adoptado la inexorable resolución de destruir el marxismo en Alemania hasta la misma raíz de sus cimientos... Hoy nos encontramos en la encrucijada del destino de Alemania... Triunfaremos en la tarea de formar un cuerpo político duro como el hierro, a base de este conglomerado de porciones, de asociaciones, de uniones y de *Weltanschauungen*; a base de este orgullo de casta y locura de clase, o en caso adverso, si no logramos esta consolidación interna, Alemania terminará cayendo convertida en ruinas...»

Adolf **HITLER**. *Discurso* ante el Club de Industriales de Düsseldorf (27 de enero de 1932)

Las consignas nazis en las "Últimas elecciones en cien años":

«Camaradas alemanes, mis medidas no se verán interferidas por idea política alguna. Las órdenes que yo dicte no encontrarán el obstáculo de ninguna burocracia. No tengo ahora que preocuparme por la justicia; mi misión es únicamente destruir y exterminar, y nada más. Esta lucha será una lucha contra el caos; no la haré yo con la fuerza de la Policía. Un Estado burgués podía haber hecho esto. Evidentemente, yo haré uso del poder del Estado y de la Policía al máximo, mis queridos comunistas; así que no lleguéis a ninguna conclusión falsa. La lucha a muerte, en la que os meteré el puño en la boca, la dirigiré yo con aquellos que están allí: los camisas pardas³.»

Hermann **GOERING**. *Discurso* durante un mitin en Fráncfort (3 de marzo de 1933)

El nuevo orden internacional fascista:

«En primer lugar, nuestro pueblo debe redimirse de esa confusión sin esperanza que tiene su origen en su fe en el derecho internacional, y debe ser educado consciente y sistemáticamente de acuerdo con el ideario del nacionalismo más fanático (...). En segundo término, en la medida en que nosotros eduquemos al pueblo para luchar contra el delirio de los postulados democráticos y le hagamos de nuevo reconocer la necesidad de una autoridad y jefatura, lo arrancaremos de la estupidez del parlamentarismo. Finalmente, en la medida en que saquemos al pueblo de la atmósfera provocada por esas creencias lamentables en las posibilidades que existen fuera de los límites de nuestra propia fuerza (creencia en la reconciliación, en la comprensión, en la paz mundial, en la Sociedad de naciones y en la solidaridad internacional), destruiremos aquellas ideas. En el mundo sólo existe un derecho, y este derecho es el que se basa en la propia fuerza.»

Adolf **HITLER**. *Discurso* ante líderes del Partido Nacional Socialista de los Obreros Alemanes.
Múnich (23 de septiembre de 1928)

El imperialismo italiano:

«COMANDO SUPERIOR ITALIANO
EN ETIOPÍA

³ Las SA.

BANDO

¡Gentes de Etiopía!

Hoy las tropas del poderoso Rey de Italia han entrado en Addis Abeba.

En las ciudades y en los pueblos retorna la vida normal.

Ninguna medida se tomará contra aquellos que, abandonadas las armas, reemprendan el trabajo fecundo.

A la sombra del victorioso tricolor de Italia las poblaciones de Etiopía tendrán paz, justicia, prosperidad.

Desde la imperial Ghebbí el 5 de mayo de 1936. XIV⁴

El Comandante Superior Italiano en Etiopía
Mariscal de Italia PIETRO BADOGLIO»

Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes:

«Profundamente convencido de que la preservación de la sangre alemana es la condición primera de la supervivencia del pueblo alemán y animado por la irreductible voluntad de asegurar definitivamente el porvenir de la nación alemana, el Reichstag ha adoptado por unanimidad y promulga la siguiente ley:

Artículo 1:

1. Quedan prohibidos los matrimonios entre judíos y súbditos de sangre alemana o asimilada. Los matrimonios concertados a pesar de esta prohibición son nulos de pleno derecho, incluso si, para burlar la ley, hubiesen sido contraídos en el extranjero.
2. Sólo el procurador puede invocar una causa de nulidad.

Artículo 2: Quedan asimismo prohibidas las relaciones extraconyugales entre judíos y súbditos de sangre alemana o asimilada.

Artículo 3: Queda prohibido que los judíos contraten como empleadas de hogar a mujeres de sangre alemana o asimilada, menores de 45 años.

Artículo 4:

1. Queda prohibido que los judíos enarboles o engalanen los colores nacionales.
2. En cambio, pueden engalanar con los colores judíos. El ejercicio de este derecho queda garantizado por el Estado.

Artículo 5:

1. Quien contravenga las disposiciones del artículo 1 puede ser sometido a reclusión.
2. El hombre que contravenga las disposiciones del artículo 2 puede ser sometido a prisión o reclusión.
3. Quien contravenga las disposiciones de los artículos 3 y 4 puede ser sometido a multa o a una pena de prisión de hasta un año.

Artículo 6: El Ministerio del Interior del Reich, de acuerdo con el Representante del Führer, dictará las prescripciones legales y administrativas necesarias para la aplicación y publicación de la presente ley.

Artículo 7: La presente ley entrará en vigor al día siguiente de su promulgación, excepto el artículo 3, cuya vigencia será a partir del 1 de enero de 1936.

Núremberg, 15 de septiembre de 1935
El Führer y Canciller del Reich»

El antisemitismo nazi:

«El programa es claro. Hele aquí: eliminación total, segregación completa. ¿Qué significa eso? Eso significa no sólo la eliminación de los judíos de la economía alemana, —eliminación que ellos han

⁴ Decimocuarto año del régimen fascista.

merecido por sus crueldades y por sus incitaciones a la guerra y al asesinato—. ¡Esto significa mucho más!

No se puede consentir que el alemán viva bajo el mismo techo que los judíos, raza marcada de asesinos, de criminales, de enemigos mortales del pueblo alemán.

Por consiguiente, los judíos deben ser expulsados de nuestras casas y de nuestros barrios y deben estar alojados en calles y en casas donde estén juntos y tengan el menor contacto posible con los alemanes. Es preciso estigmatizarles y quitarles el derecho de poseer en Alemania casas e inmuebles, pues no es conveniente que un alemán dependa de un propietario judío y que le alimente con su trabajo.

Una vez que viva en un aislamiento completo, este pueblo de parásitos se empobrecerá, pues no puede, ni quiere trabajar por sí mismo. Caerán todos en la criminalidad como consecuencia de la propensión de su raza. Pero nadie crea que en este caso nosotros observaremos tranquilamente tal evolución. El pueblo alemán no tiene ganas de tolerar en su territorio a centenares de miles de criminales que sólo mediante el crimen quieren asegurar su existencia, ¡sino también ejercer todavía la venganza!

Menos aún tenemos ganas de soportar a estos centenares de miles de judíos depravados, una guarida de bolchevismo y un refugio para el desecho criminal que, mediante un proceso natural de eliminación, se extienda a nuestro propio pueblo.

Si quisiéramos tolerar semejante cosa, el resultado sería una conjuración de los bajos fondos tal, que quizá es posible en América, pero indudablemente no en Alemania. Si tal evolución se produjese, nos encontraríamos frente a la dura necesidad de exterminar los bajos fondos de la misma manera que tenemos la costumbre de exterminar a los criminales en nuestro Estado: mediante el fuego y la espada. El resultado sería la desaparición efectiva y definitiva del judaísmo en Alemania, su destrucción total.»

Das Schwarze Korps (Periódico nazi) (24 de noviembre de 1938)

El antisemitismo cotidiano:

«Cuando había que coser una estrella nueva en una prenda nueva (o, más bien, una prenda vieja adquirida en los almacenes de ropa para judíos), una chaqueta o una bata de trabajo, cuántas veces me quedé contemplando detenidamente el trapo, las diversas partes de ese tejido amarillo, las irregularidades del estampado negro... Y todos esos detalles no habrían sido suficientes si hubiese deseado relacionar con cada uno de ellos las torturas vividas por causa de la estrella.

Se me acerca un hombre de aspecto pequeñoburgués y bonachón, lleva con cuidado a un muchachito de la mano. A un paso de mí se detiene:

—¡Míralo, Horst! ¡Éste tiene la culpa de todo!...

Un señor muy atildado, de barba blanca, cruza la calle, saluda con una profunda reverencia, me da la mano:

—Usted no me conoce, pero he de decirle que condeno estos métodos...

Quiero subir al tranvía, sólo puedo utilizar la plataforma de delante y sólo cuando me dirijo a la fábrica y sólo cuando ésta se halla a una distancia superior a los seis kilómetros de mi vivienda y sólo cuando la plataforma anterior está claramente separada del interior del vagón, quiero subir, es tarde, y si no me presento a tiempo en el trabajo, el capataz me puede denunciar a la Gestapo. Alguien me tironea desde atrás:

—¡Ve a pie, que es mucho más sano!

Es un oficial de las SS, un hombre sonriente, en absoluto brutal, solamente se divierte un poco, como cuando se chincha a un perro... Dice mi mujer:

—Hace un tiempo tan bonito y hoy, excepcionalmente, no tengo que comprar nada, no he de hacer cola en ningún sitio..., ¡te acompaño un rato!

—¡De ningún modo! ¿Quieres que presencie en la calle cómo te insultan por mi culpa? Además, ¿quién sabe a quién puedes resultar sospechosa? A alguien que no te conoce, por ejemplo, y luego, cuando lles mis manuscritos, ¡te darás de manos a boca con él!...

Un embalador que me conoce por dos traslados y me tiene simpatía —buena gente, huele mucho a KPD⁵—, se planta de pronto ante mí en la Freiburger Strasse, me coge la mano con ambas zarpas y susurra a voz en grito, para que se oiga al otro lado de la calzada.

—Venga, señor profesor, ¡arriba esos ánimos! ¡Que falta poco para que se hundan esos tíos malditos!

Pretende ser un consuelo y es, en efecto, reconfortante, pero si la persona indicada lo oye en la

⁵ Partido Comunista Alemán.

otra acera, le costará la cárcel a mi consolador y a mí, vía Auschwitz, la vida... Un automóvil que pasa a mi lado frena de golpe en la calle vacía, un desconocido asoma la cabeza por la ventanilla:

—¡Aún sigues vivo, cerdo maldito? Deberían atropellarte hasta matarte, pasar por encima de tu barriga...

No, todos los detalles de la tela no alcanzan para apuntar todas las amarguras de la estrella judía.»

Victor **KLEMPERER**, *LTI. Apuntes de un filólogo* (1947)

Las disposiciones contra los judíos en los países ocupados:

«Sábado, 20 de junio de 1942

(...) Mi padre era un hombre de treinta y seis años cuando se casó con mi madre, que tenía veintiocho. Mi hermana Margot nació en 1926, en Fráncfort del Meno. Yo, el 12 de junio de 1929. Nuestra condición de judíos cien por cien nos obligó a emigrar a Holanda, en 1933, donde mi padre fue nombrado director de *Travies N.V.*, empresa asociada con la *Kolen & Cía.*, de Ámsterdam. Las dos estaban domiciliadas en el mismo edificio.

Desde luego, al verse nuestra familia bajo la férula de las disposiciones hitlerianas contra los judíos, la vida nos deparó bastantes sobresaltos. A consecuencia de las persecuciones de 1938, mis dos tíos maternos consiguieron huir, llegando sanos y salvos a los Estados Unidos. Mi abuela, que a la sazón contaba setenta y tres años de edad, se reunió con nosotros. Después de 1940, la situación empeoró rápidamente. En primer lugar, la guerra, la capitulación y la invasión alemana, que para nosotros significaba la miseria. Las medidas contra los judíos se sucedían una a otra. Los judíos se vieron obligados a llevar la estrella distintiva, a ceder sus bicicletas. Se les prohibió subir a los tranvías y conducir coches. Debían hacer sus compras exclusivamente en los almacenes señalados con el distintivo de “tienda judía”, únicamente de tres a siete de la tarde. Se les prohibió salir de casa después de las ocho de la noche e incluso pasear por sus propios jardines o quedarse en casa de algún amigo. Se les prohibió ir al teatro, al cine o a cualquier lugar de diversión. Se les prohibió practicar cualquier deporte en público; no se les permitió entrar en las piscinas, en las pistas de tenis y de hockey ni en ningún otro lugar de entrenamiento. Se les prohibió frecuentar a los cristianos. Se les obligó a asistir a las escuelas judías; todo ello sin contar con muchas otras restricciones de esta clase.

Y así seguimos malviviendo, sin poder hacer ni esto ni aquello ni lo de más allá. Jopie suele decirme: “No me atrevo a hacer nada por miedo de que esté prohibido.” Nuestra libertad ha sido objeto de severas restricciones; sin embargo, la vida aún se puede soportar.»

Anna **FRANK**. *Diario*

El dominio de los pueblos infrahumanos:

«Para dominar a los pueblos que hemos sometido en los territorios al Este del Reich, debemos dar réplica, en la medida de lo posible, a los deseos de libertad individual que puedan manifestar, privándoles, por consiguiente, de cualquier organización de Estado y manteniéndolos en el más bajo nivel cultural.

Hay que partir del concepto de que estos pueblos no tienen otro deber que el de servirnos en el plano económico. Nuestro esfuerzo ha de centrarse, por consiguiente, en extraer de los territorios que ellos ocupan todo cuanto se pueda (...).

Sólo a nuestros comisarios incumbirá vigilar y dirigir la economía de los países conquistados, y lo que he dicho debe aplicarse a todas las formas de organización. Y, sobre todo, que ni despunte siquiera la férula de nuestros pedagogos, con su manía de educar a los pueblos inferiores y con su mística de la escuela obligatoria. Todo cuanto los rusos, los ucranianos, los kirguises puedan aprender en la escuela (aunque sólo sea leer y escribir) acabará por volverse contra nosotros. Un cerebro iluminado por algunas nociones de Historia llegaría a concebir algunas ideas políticas, y esto no nos favorecería nada. Lo mejor es instalar un altavoz en cada pueblo, dar algunas noticias a la población, y sobre todo distraerla. ¿Para qué serviría ofrecerles la posibilidad de adquirir conocimientos en el campo de la política, de la economía? La radio no deberá meterse a ofrecerle al pueblo sometido charlas sobre su pasado histórico. No, música y más música. La música ligera provoca la euforia del trabajo. Démosle a esa gente la ocasión de bailar mucho y nos estará reconocida. Entre nosotros, el experimento se hizo en tiempos de la República de

Weimar: resulta demostrativo.

La única cosa que se ha de organizar en los territorios rusos es una red de comunicaciones. He aquí una condición indispensable para la explotación económica racional del país y también para asegurarnos su control. Enseñaremos a aquella gente nuestro código de circulación. Pero no veo en qué otro campo sea conveniente instruirles.

En cuanto a la higiene de las poblaciones sometidas es perfectamente inútil hacer que se beneficien de nuestros conocimientos. El resultado principal de semejante iniciativa sería un aumento enorme del número de habitantes. Por eso prohíbo absolutamente que se organicen campañas de higiene y de limpieza en dichas regiones. En tales territorios sólo deberá practicarse la vacunación obligatoria de los alemanes. Es un contrasentido desear hacer felices a los pueblos a la fuerza. No debemos imponerles ni siquiera el recurso de acudir a las artes odontológicas.»

Adolf **HITLER**. *Declaraciones* del 11 de abril de 1942

El líder:

«Hitler responde a la vibración del corazón humano con la sensibilidad de un sismógrafo, o tal vez de un equipo receptor inalámbrico, que le permite, con una seguridad que ningún don consciente puede proporcionarle, actuar como vocero que proclama los deseos más recónditos, los instintos menos admisibles, los sufrimientos y rebeldías personales de toda una nación (...). Se me ha preguntado muchas veces cuál es el secreto del poderío extraordinario de Hitler como orador. Solamente puedo atribuirlo a su misteriosa intuición, que infaliblemente diagnostica la enfermedad que padece su auditorio. Cuando él trata de respaldar sus argumentos con teorías o citas de libros que comprendió imperfectamente, apenas deja de ser una mediocridad sumamente pobre. Pero cuando se desentiende de su caparazón convencional y se lanza valientemente a hablar movido por su propio espíritu, se transforma en el acto en uno de los mayores oradores del siglo (...). Adolf Hitler entra en una sala, olisquea el aire; durante un minuto tantea, se abre paso, capta el ambiente... y de pronto estalla. Sus palabras van como flecha a su blanco, toca cada llaga en el punto sensible, liberando a la masa inconsciente, expresando sus aspiraciones más íntimas, hablándole de lo que ella deseaba que le hablase.»

Otto **STRASSER**. *Hitler y yo* (1940)

«Yo he superado el caos en Alemania, restaurado el orden, incrementado de forma generalizada la producción en todos los sectores de nuestra economía nacional. (...) Yo he logrado reintegrar por completo a la producción útil a los siete millones de desempleados que tan entrañables resultaban a nuestros corazones, he logrado mantener al campesino en su tierra a pesar de todas las dificultades, y también he logrado recuperar tierras para él, he logrado hacer que florezca de nuevo el comercio alemán, y he conseguido promover tremendamente los transportes. No sólo he unido políticamente al pueblo alemán, sino que, desde el punto de vista militar, también lo he rearmado, y además he tratado de romper, página por página, ese tratado que contenía, en sus 448 artículos, las más elementales violaciones jamás impuestas a las naciones y a los seres humanos. He devuelto al Reich las provincias que nos fueron robadas en 1919. He conducido de nuevo a su patria a los millones de alemanes profundamente desdichados que nos habían sido arrancados. He restablecido la milenaria unidad histórica del espacio vital (*Lebensraum*) alemán, y he tratado de hacer todo esto sin derramamiento de sangre y sin infligir a mi pueblo o a otros el padecimiento de la guerra. He logrado todo esto por mis propios medios, como alguien que hace veinte años era un trabajador desconocido y un soldado de su pueblo.»

Adolf Hitler, *Discurso en el Reichstag*, 28 de abril de 1939

La noche de la "Depuración sangrienta":

«Himmler sacó de uno de sus bolsillos una lista larga y arrugada. Hitler la leyó detenidamente mientras Goering y Himmler le decían algo al oído. Pudimos ver cómo Hitler corría un dedo lentamente por aquella hoja de papel. De vez en cuando hacía una pausa, deteniendo su vista en uno de los nombres. En cada una de aquellas pausas los dos conspiradores murmuraban algo al oído de Hitler con mayor nerviosismo. Repentinamente el Führer se llevó la mano a la cabeza. Se advertía en él una emoción tan

violenta, tal angustia en el gesto, que todo el mundo pudo darse cuenta... Indudablemente, pensamos nosotros, le están informando ahora del "suicidio" de Strasser... Aquella combinación de rasgos ridículos y dramáticos que caracterizaban la escena, las expresiones de angustia, la mezcla de fantasía violenta y de realidad sombría, el cielo caprichosamente teñido de color rojo de sangre, todo evocando una escena de Wagner, era realmente demasiado fuerte para mí.»

H.B. GISEVIUS. *Hacia el amargo final* (1948)

El testamento político de Hitler:

«Han transcurrido ya más de treinta años desde que, en 1914, aporté mi modesto esfuerzo como voluntario cuando se impuso por vez primera al Reich una guerra mundial. Durante estas tres décadas la lealtad y el amor de mi pueblo han sido el móvil de todos mis pensamientos y mis obras, y de mi vida. Me dieron fuerza para adoptar resoluciones extremadamente graves, como jamás se plantearon hasta ahora a ningún mortal. A lo largo de esas tres décadas he agotado mi tiempo, mi energía y mi salud. Es falso que yo o cualquier otro ciudadano de Alemania deseara la guerra en 1939. La quisieron y promovieron exclusivamente determinados estadistas internacionales que, o bien eran de ascendencia judía o favorecían los intereses judíos. He hecho muchas ofertas para limitar y reducir el armamento, tantas que la posteridad no podrá achacarme la responsabilidad de esta guerra. Además, tuve siempre presente el funesto fin de la primera guerra mundial y no quise que surgiera jamás un segundo conflicto con Inglaterra, y menos aún con América. Transcurrirán los siglos, pero entre los restos ruinosos de nuestros monumentos artísticos y nuestras ciudades renacerá una y otra vez el odio contra el pueblo, a la postre responsable, y al que debemos cuanto sufrimos actualmente: el judaísmo internacional y sus secuaces. Tres días antes de que estallara la guerra germano-polaca, propuse al embajador británico en Berlín una solución del problema germano-polaco: algo similar a la supervisión internacional decretada para el Sarre. Tampoco se puede negar la realidad de esta oferta. Sin embargo, la desestimaron porque los círculos directores de la política inglesa deseaban la guerra: en parte acuciados por el aliciente de presuntos negocios y, en parte, obedeciendo a la propaganda sistemática del judaísmo internacional. Pero yo también he puesto de manifiesto sin ningún género de duda que cuando los pueblos europeos vuelvan a ser considerados como un mero paquete de acciones manejado caprichosamente por esos conspiradores del dinero y las finanzas, deberán pedirse cuentas al pueblo verdaderamente culpable de esta mortífera pugna: ¡los judíos! (...)

Tras esta lucha de seis años, cuyos hechos, pese a todos los reveses, quedarán registrados algún día en la Historia como el esfuerzo más glorioso e intrépido de un pueblo para afirmar su voluntad de vivir, no puedo separarme de la ciudad que sigue siendo capital del Reich. Puesto que las fuerzas son demasiado exiguas en este punto para contener la avalancha enemiga y sobre todo, la resistencia propia decae poco a poco por la acción perturbadora de ciertos sujetos tan ofuscados como pusilánimes, quisiera permanecer en esta ciudad y compartir mi destino con los millones de seres que han tomado sobre sí esta carga. Además, no deseo ser presa del enemigo, quien necesita un nuevo espectáculo escenificado por los judíos para divertir a sus exacerbadas masas. He resuelto, pues, permanecer en Berlín y quitarme aquí la vida voluntariamente cuando juzgue que ya no es posible mantener por más tiempo el rango de Führer y Canciller (...).

Muchos hombres y mujeres, entre los más bravos, han decidido ligar su vida a la mía hasta el final. He debido rogarles y, por último, ordenarles que no lo hagan, que continúen participando en el combate de la nación. Pido a los jefes del Ejército, la Armada y la Aviación que empleen los más extremos recursos para reforzar, según los cánones nacionalsocialistas, el espíritu de resistencia entre nuestros soldados, advirtiéndoles especialmente que yo mismo, fundador y creador de este movimiento, prefiero la muerte a un repliegue cobarde, por no decir nada de una capitulación (...).

Antes de mi muerte expulso del Partido al antiguo mariscal del Reich, Hermann Goering, y le desposeo de todos los derechos que le hayan sido conferidos mediante el decreto del 29 de junio de 1941 y mi declaración ante el Reichstag el 1 de septiembre de 1939. Nombro en su lugar como presidente del Reich y comandante en jefe de la Wehrmacht al gran almirante Doenitz.

Antes de mi muerte expulso del Partido al antiguo jefe supremo de las SS y ministro del Interior, Heinrich Himmler, así como a todos los secretarios de Estado (...). Himmler y Goering han entablado negociaciones secretas con el enemigo sin mi conocimiento y contra mi voluntad, y asimismo han intentado monopolizar ilegalmente el poder ejecutivo, ocasionando incalculables perjuicios al país y a todo su pueblo, por no mencionar la deslealtad hacia mi persona (...).

Exhorto a todo el pueblo alemán, a todo nacionalsocialista, hombre o mujer, a todo soldado de la Wehrmacht, a que rinda obediencia y fidelidad hasta la muerte al nuevo Gobierno y a su presidente. Ante todo, exijo a los gobernantes de la nación y al personal subalterno una observancia estricta de las leyes raciales y una reacción implacable contra el conocido envenenador de los pueblos universales: el judaísmo internacional.

Dado en Berlín el 29 de abril de 1945 a las 4 horas

Adolf Hitler

Firman como testigos:

Dr. Joseph Goebbels

Martin Bormann

Wilhelm Burgdorf

Hans Krebs»